

LEVIATÁN RESUCITADO

El concepto plasmado por Edwin Lemert, de una forma de control social activo que refuerza a la "desviación secundaria" (1951), y el concepto positivista legal del delito, expresado por Edwin Sutherland y Donald Cressey (1978), apuntaban ya hacia el papel central que desempeñan los agentes oficiales del control social en la definición de desviación y delito. Por más que la desviación, conforme a estos sociólogos, era ciertamente una cualidad del comportamiento, cuando menos en su manifestación "primaria", no había duda de que las agencias del control social tenían mucho que ver con el establecimiento de una autoimagen de desviación o delictiva, o de ambas índoles. De hecho, el avance logrado con el incipiente enfoque del "etiquetamiento" por parte de Howard Becker en *Outsiders* (1963), todavía se podía concebir como una extensión de la teoría de la asociación diferencial, según la cual el sistema oficial del control social fortalece el efecto de aquellas definiciones que son favorables para la conducta desviada o delictiva.

Becker, sin embargo, especialmente en su "Introducción", escrita después de los ensayos que constituyen la obra *Outsiders*, iba más allá y, en esencia, negaba la importancia de una forma de desviación "primaria", aduciendo que "el comportamiento desviado es aquel al que las personas ponen esa etiqueta" (Becker, 1963, p. 9).¹ En su sencilla y genial etnografía del fumador de mariguana, Becker mostraba que el acto desviado únicamente podía ser resultado de un difícil y problemático proceso de aprendizaje. Tal proceso tiene lugar dentro de una pequeña subcultura desviada, cuya propia existencia, así como sus rasgos más característicos, se deben a la interacción con el medio más amplio del control social.

Sin embargo, en la reconstrucción de Becker no figuraba "el estado". Fiel a la tradición de Chicago, dentro de la cual escribía, Becker consideraba que los mecanismos del control social eran

¹ Otro estudio pionero en esta misma dirección lo fue el de John Kitsuse (1962).

de las acciones de personas y organizaciones específicas, momentos y lugares también específicos. Los "empresarios móviles", como los de la Oficina Federal de Narcóticos, creada en el interior del departamento de Hacienda (Becker, 1963, pp. 1-63), y no el estado, fueron los responsables de que se hubiera promulgado en 1937, la ley denominada *Marijuana Tax Act*, que por primera vez convertía a la marihuana en una sustancia ilícita. Sin embargo, algo ocurrió durante la década de 1960, que hizo que este tipo de explicación satisficiera cada vez menos. Se necesitaba un concepto más "central", al que se le pudieran achacar la creciente frustración, violencia e injusticia que parecían surgir desde abajo de la prístina apariencia que presentaba el sueño estadounidense. El siguiente paso fue la "politización" del concepto de control social, convirtiéndolo en un producto del "estado". Así, se pasó al Leviatán, como la cara orwelliana que atisbaba desde atrás de la estructura normativa de Parsons, y que todo lo abarcaba.

En ninguna otra parte fue esto más evidente que en el capítulo de conclusiones de la obra *Becoming deviant* (1969) de David Matza. El trabajo de este autor representaba, de hecho, un regreso a la escuela "clásica" de criminología —un cambio, en nombre de los derechos "humanos", que se hallaba inspirado en los acontecimientos de la década y que, por cierto, no se restringió a la labor del propio Matza.² Fue en éste, sin embargo, en quien más claramente se observó un retorno a los principios de Beccaria. La teoría de las "técnicas de neutralización" de Matza, que inicialmente expuso primero con G. Sykes (1957) y luego desarrolló en *Delinquency and Opportunity* (1964), era, a pesar del homenaje que les hacía a Sutherland y Cressey, la aceptación indirecta de un punto de vista monista-parsoniano del control social. En opinión de Sykes y Matza, los delincuentes juveniles requieren de "técnicas" para neutralizar la

² Resultó medular, durante este período, el acento que se puso en la "naturalización" de los derechos de los hombres y de las mujeres. Véanse, por ejemplo, las campañas en pro de condenas definidas, desde la perspectiva de la salvaguarda de los derechos individuales, en *Struggle for justice*, que escribió un grupo de trabajo del American Friends Service Committee (1971), o el título retórico del trabajo de Herman y Julia Schwendinger, *Defensores del orden o guardianes de los derechos humanos?* (1970). Resulta difícil no observar, en estas primeras expresiones de una criminología "crítica" o "radical", la influencia del renacimiento del derecho natural después de la guerra, como ocurre en la obra de Lon L. Fuller. A este respecto, el trabajo de Philip Selznick (1961) ofrecía un importante vínculo entre la sociología y la jurisprudencia.

influencia restrictiva del control social. Pero, ¿por qué la gente se desvía o se vuelve delictiva, para empezar? Matza quería evitar la falacia del positivismo. No aceptaba las teorías deterministas, y en consecuencia tenía que negar la legitimidad de la tradición con que las ciencias sociales habían abordado el problema de la desviación y el delito. Necesitaba regresar a la hipótesis principal de la postura filosófica de la escuela clásica; es decir, el libre albedrío. Las técnicas de neutralización abrían un área de "dentro" mismo, dentro de la cual podía surgir la "voluntad", o albedrío.

En consecuencia, la subsiguiente y repentina resurrección del fantasma del Leviatán en el último capítulo de *Becoming a Deviant*, que lleva por título "Signification", no es inesperada. Su función tiene la misma función que desempeñaba en la filosofía hobbesiana, esto es, la de restablecer el orden y la unidad en una sociedad de voluntades en conflicto. De hecho, según Matza, la misión del Leviatán es la de "restablecer la *unidad del significado*" (1969, p. 163). El agudo estudio etnográfico y sociológico que publica Becker sobre el consumo de marihuana y la represión, se reconstruye en el último capítulo del libro de Matza, a modo de filosofía política, porque "los positivistas criminológicos lograron lo que parecía imposible. Separaron el estudio del crimen, del funcionamiento y de la teoría del estado" (1969, p. 143). Matza nunca dejó en claro qué era lo que se podía ganar con respecto a la explicación original de Becker, con relación a la introducción de una "teoría del estado", salvo por la obvia gama de mecanismos retóricos que hacía posible la reintroducción de un concepto de estado en el lenguaje sociológico. El giro de Matza hacia el Leviatán era la expresión de una tendencia más general dentro del *Zeitgeist* de los años sesenta. En ese momento daba la impresión de ser vigorosamente mordaz; hizo posible la reintroducción de la indignación moral en el discurso social. Y permitió, particularmente, que los jóvenes le pusieran un nombre al mal. Éstos, ya fuesen muchachos o muchachas, se identificaban con los oprimidos, con los "condenados de la tierra" de Frantz Fanon (1961), y sentían que ahora podían nombrar al opresor común. El Leviatán había marcado sobre su piel el significado de su propia identidad: "se da cuenta, de manera concreta, de que es un *súbdito del Leviatán*" (Matza, 1969, p. 177).

El significado que el mismo Matza le atribuía a su trabajo quedaba expresado claramente en una nota de pie de página que aparecía al final de la introducción al capítulo sobre la significación:

Al considerar el papel que desempeña la significación en el proceso hacia la desviación, hay poca necesidad de denunciar al estado, o de acusarlo de una opresión injustificable. Lo único que hace falta es apreciar los aspectos indisputables de su naturaleza rudimentaria, así como de lo igualmente rudimentarias que son sus consecuencias —elementos de estado que admiten por igual los teóricos políticos liberales y conservadores. Además, no se pretende ningún desaire por el hecho de usar la palabra Leviatán; después de todo, Hobbes elogiaba, que no condenaba, el dispositivo mediante el cual se pudiese lograr una unidad de significado y, por ende, un orden en la sociedad. Y finalmente, el hecho de vincular al estado con el opresivo asunto de la significación, de ninguna manera implica que ésta sea su única labor. El estado organiza el bienestar, hace guerras y realiza muchas cosas en el ínterin entre una y otra. Lo importante aquí es que no nos desencaminemos indebidamente o nos dejemos confundir por el hecho de que los agentes y los portavoces del estado a veces denominen “bienestar” al control interno y a otros elementos de la significación. Recientemente, nuestra capacidad para desenmascarar ese engaño se ha incrementado sin que nos hayamos dado cuenta, debido a algo que, por lo demás, es un asunto repugnante y brutal: a otros portavoces del mismo estado les ha dado también por concebir la guerra en los términos endulzados del bienestar y para corrección de pueblos distantes que, según se afirma, se han apartado del camino del bien. Y, quizá para completar nuestra perplejidad, otros voceros del mismísimo estado han comenzado a concebir su modesto programa de bienestar como equivalente a una “guerra”. Debemos guardar la esperanza de que, en vez de dejarnos totalmente mareados, tan curiosa concatenación de voces mal usadas resulte instructiva y ayude a restablecer una correspondencia más cercana entre las palabras y las cosas (Matza, 1969, p. 145[2]).

LA BESTIA COLOSAL

Entre finales de la década de 1930 y finales de la de 1960, fueron muchos los acontecimientos que concurrieron para que se incrementase la centralización y la burocratización de la política estadounidense. Incluso Parsons, en sus comentarios sobre *La élite del poder* de Mills, señalaba “la dinámica de una sociedad industrial en vías de madurar” y admitía que “la posición de Estados Unidos dentro de la sociedad mundial” había cambiado (1957, p. 190). Y ciertamente, escribía Parsons, hay una “creciente prominencia del

grupo militar en nuestro sistema de gobierno" (Parsons, 1957, p. 196). Hubo el período del macartismo, y un resurgimiento de la "autoridad y la deferencia" (Easton, 1985; Wolin, 1981, p. 43). En general, después de la segunda guerra mundial, ese proceso de racionalización y centralización del gobierno estadounidense que había comenzado en la era progresista, cobró aún mayor impulso (Skowronek, 1982). El inestable equilibrio entre la intervención *ad hoc* y la burocratización que había caracterizado al período del *New Deal* parecía inclinarse en favor de esta última (Schlessinger, 1989).

La tesis en el sentido de que la experiencia de la segunda guerra mundial, de la guerra fría y de la consiguiente necesidad de combatir a los regímenes totalitarios y competir con ellos, había corrompido a las democracias, comenzó a salir a relucir en un buen número de trabajos, durante la década de 1940. Harold Lasswell escribía en 1941 acerca del futuro del "estado guarnición". Cierto número de escritores, como George Orwell y Aldous Huxley, produjeron en esos años sus puntos de vista distópicos sobre el control total. Los ex miembros del Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt, a quienes se había reubicado en Estados Unidos, pintaban una lúgubre imagen del Leviatán contemporáneo. Frederick Pollock escribió acerca del "capitalismo de estado" en el campo de la economía (1941), y Marx Horkheimer publicó en 1942 un folleto de circulación limitada que llevaba por título *The authoritarian state* (El estado autoritario). Lo que en general ponían de manifiesto estos ensayos era que la unificación del capitalismo monopólico y las estructuras estatales en el *capitalismo de estado* de la Alemania nazi (y tal vez de la Rusia soviética) marcaban un destino general de la forma de estado, que iba a destruir la democracia y el liberalismo mediante una pesadilla de totalitarismo. Estos temas iban a resurgir en la década de 1960, época en que el ensayo de Horkheimer, por ejemplo, alcanzó popularidad dentro de los círculos del movimiento estudiantil germanooccidental (Jacoby, 1973). Franz Neumann escribió, en *Behemoth*, sobre la eliminación de los derechos individuales, aspecto que guardaba una correspondencia con la eliminación de los pequeños negocios durante la era del "capitalismo monopólico totalitario" (1944; Jay, 1973, pp. 143-172). Los análisis que se habían desarrollado durante el período nazi en Alemania, florecían en el ambiente estadounidense. Aun cuando las nuevas interpretaciones en Estados Unidos no

proyectaban directamente la situación alemana sobre los avances estadounidenses de posguerra, no dejaban de estar orientadas en la misma dirección. Todo este inventario de ideas fue silenciado en la época de McCarthy, pero volvió a aflorar durante la profunda crisis social y política de los años sesenta y principios de los setenta, tanto en Estados Unidos como en Europa occidental.

Durante la época macartista, David Easton, el científico político, le dio un giro "sistémico" a la tradición de Arthur Bentley, de John Dewey y de David Truman. En su libro *The political system* (1953), Easton rechazaba los conceptos de "estado" y de "poder" por ser instrumentos intelectuales confusos y opacos, que de nada servían para el funcionamiento real de la ciencia política (1953, pp. 106-119 y 125). Escribía lo siguiente: "Ni estado ni poder son conceptos que sirvan para darle unidad a la investigación política" (1953, p. 106). Según la reconstrucción que Easton ha hecho recientemente de las diversas fases de la ciencia política en Estados Unidos, el período de la guerra fría y el macartismo "lograron empujar hacia la clandestinidad el interés que existía por la reforma social y la teoría crítica" (1985, p. 139), pero al hacerlo "encominó a los eruditos hacia los terrenos políticamente menos peligrosos de la investigación básica, área que, según resultó, tenía grandes ventajas que ofrecer al desarrollo de la ciencia política" (1985, p. 140). Parece quedar implícito que uno de estos beneficios fue la teoría del sistema político que desarrolló Easton, beneficio, sin embargo, cuya influencia no duró mucho, porque:

En Occidente surgió la revolución contra los viejos moldes culturales que afectó igualmente al Oriente, durante las postrimerías de la década de 1960 y principios de los años setenta. Éste fue un período de cambio social en todo el mundo. Buena parte de los líderes provenían de las grandes masas de estudiantes que se habían formado en las instituciones de enseñanza superior, cuyo crecimiento había sido muy rápido en todas partes. En Estados Unidos, dicha revolución había tenido sus orígenes en el movimiento en pro de los derechos civiles, especialmente tras las decisiones que tomó la Suprema Corte en 1954 y 1955 en contra de la segregación educativa de los negros. E iba acompañada por crecientes demandas en cuanto al mejoramiento de las condiciones de los negros y de otras minorías, así como por protestas generalizadas contra la guerra de Vietnam, durante los gobiernos de Johnson y Nixon. Donde más claramente se manifestaba era en las nuevas actitudes hacia las formas de vestir, la conducta sexual, el sitio que ocupaban las mujeres y las minorías

dentro de la sociedad, la pobreza, el respeto por el ambiente físico (la contaminación, los desechos atómicos, los peligros de la energía nuclear) y la desigualdad social (Easton, 1985, p. 141).

El resurgimiento del concepto de estado ocurrió después de la revolución cultural de los años sesenta y comienzos de los setenta. Tal como ha señalado Sheldon Wolin, “una de las cosas que indican la magnitud de estos acontecimientos, es que el ‘estado’ ya no se toma como palabra escatológica” (1981, p. 43). Existe el consenso de que “el estado fue redescubierto durante la década de los años sesenta” (Badie y Birnbaum, 1979, p. 26).

Este resurgimiento de un concepto de estado provino de distintas fuentes políticas e intelectuales. Por un lado estaban aquellos teóricos para quienes un estado centralizado era sinónimo de modernización y la ausencia del mismo se podía entender, dentro de la tradición política estadounidense, como una de las manifestaciones del “excepcionalismo” estadounidense (Huntington, 1966). Empero, aun cuando según lo pintaba Samuel P. Huntington, este desarrollo histórico hablaba bien de la naturaleza de la democracia en Estados Unidos, no por ello deja de discernirse en sus páginas una cierta “nostalgia” por la eficiencia, supuestamente ordenada, del estado de la Europa continental —actitud que ha sido muy tradicional en la ciencia política estadounidense. Esta actitud se vigorizó necesariamente durante los años del *New Deal*, así como con la expansión de la influencia de Estados Unidos al finalizar la segunda guerra mundial —acontecimientos que cada vez recalcaron más el papel central y activo que desempeñaba el poder ejecutivo, y especialmente la Presidencia junto con su “corte”, para usar la expresión de Huntington. El ensayo de este último autor fue reimpresso en forma de un libro muy oportuno compilado por Reinhard Bendix y que se intituló *State and society* (1968); en él se anunciaba el inicio del tipo de teoría del estado, histórica y comparativa, que habría de popularizarse varios años más tarde, a través de autores como Theda Skocpol (véanse, por ejemplo, el ensayo de Collins [1968] y la traducción de Hintze [1897]).

Sin embargo, la dirección intelectual más importante para el restablecimiento de la legitimidad de una “teoría del estado” se le debe atribuir a los teóricos marxistas. Tal como lo señalaba David Easton, la “renovación del concepto de estado” se halla vinculada a la aportación de los tres movimientos político-intelectuales para

70's

finales
70's



los cuales el concepto de estado siempre ha sido importante: el marxismo, el conservadurismo tradicional y el libertarismo político y económico (Easton, 1981). El conservadurismo en todo momento ha tratado de incrementar la debilidad tradicional del centralismo de la sociedad estadounidense; los marxistas han vituperado el poder del estado capitalista, tachándolo de representante del capital; y los libertarios se oponen tanto al estado de los conservadores actuales, como al de los marxistas del mañana. Lo cierto es que el concepto de estado figuró en la parte medular de un prolongado debate político que tuvo lugar a finales de la década de 1970, tanto en Europa como en Estados Unidos (Green, 1981; Bobbio, 1987).

LA IMPUGNACIÓN DEL ESTADO EN LA DÉCADA DE 1960

El libro de C. Wright Mills, *La élite del poder* (1956) fue una reacción atípica entre las que salieron a relucir ante los nuevos acontecimientos políticos, pues aquélla se hallaba, contrariamente a éstas, sólidamente enraizada en la tradición del pragmatismo. La principal argumentación de Mills era en el sentido de que las élites económica, administrativa, política e intelectual de la sociedad estadounidense se habían unificado en una "élite de poder" que le había expropiado al "público" de Estados Unidos una parte sustancial de su soberanía. El papel que desempeñaban los medios masivos de comunicación en esa expropiación, era de importancia capital. En el capítulo dedicado a la "sociedad de masas" Mills lograba relacionar el proceso de la centralización del poder con la serialización y la reducción de la diversidad de la producción de significados, en una sociedad organizada masivamente. Mills se apoyaba implícitamente en las premisas de la argumentación que fundamentaba en su "vocabulario de motivo": la estandarización de los vocabularios sociales era ciertamente un vehículo para el gobierno, para las élites de la sociedad de masas, entre las cuales el control social se basaba en ofrecer motivos estandarizados para la acción en auditorios cada vez más grandes.

Richard Flacks nos recuerda que los miembros del movimiento que dio vida a la ahora famosa Declaración de Port Huron, en 1962 —que fue el primer trabajo en el que manifestaban sus postu-

ras los Students for a Democratic Society (SDS)—, eran principalmente discípulos de C. Wright Mills, y no de Karl Marx.

En vez de aceptar la imagen de la política que fomentan los partidarios de la guerra fría y los tecnócratas, preferíamos imaginarnos como *habitúes* de un gran café subterráneo en el que podíamos escuchar las palabras de Sartre, de Beauvoir, Mills y el Che, que sentados en una mesa debatían la estrategia revolucionaria y la sociedad posrevolucionaria, tanto que en otra mesa cercana se encontraban Muste, Goodman y Martin Luther King explorando el potencial de la no violencia revolucionaria. Pensábamos que no iba a transcurrir mucho tiempo antes de que nos pidiera que ayudáramos a zanjar sus argumentaciones (Flacks, 1980, p. 142).

Una juventud subterránea —expresión predilecta en esos años, que apareció como el título de una famosa novela de Jack Kerouac, la voz de la “generación *beat*” (1958), así como en el frecuentemente citado artículo de David Matza sobre las tradiciones subterráneas de la juventud (1961)— hacía referencia al nuevo topo que escarbando eliminaba los cimientos del aborrecible *statu quo*.

De hecho, en la época de Port Huron, ya hacía tiempo que había comenzado la lucha por los derechos civiles en el Sur, y sólo dos años después el movimiento en favor de la libertad de expresión, de Berkeley, hizo saltar la chispa del movimiento estudiantil que se extendió por todo el orbe y que culminó en el fatídico año de 1968. Al principio, mientras las masas de negros y de estudiantes (en el caso de Estados Unidos) en realidad participaban personalmente en el movimiento, la etiqueta de “movimiento democrático” era perfectamente apropiada. Pronto ingresaron al movimiento masas cada vez más amplias de personas, conforme su carácter inicial “antiautoritario”; tanto en Estados Unidos como en Europa occidental, se apoderaba del corazón y de la mente de millares y millares de jóvenes, que se atiborraban en el ambiente lleno de humo de los grandes auditorios para conferencias, para compartir el privilegio de hablar y de decidir. En los primeros momentos, la inspiración antielitista del movimiento parecía perfectamente viable. Tal era la idea de Rudi Dutschke, el líder estudiantil radical germanooccidental, quien afirmaba que una “larga marcha a través de las instituciones [sociales]” hubiera dejado a las élites, a la postre, asiladas en el núcleo de la sociedad, incapaces de defender sus posiciones (Dutschke, 1968, pp. 89-90). Esta esperan-